

Miguel se recibió de abogado, y á poco de recibido, obtuvo un destino en Mazatlan, dejándome (dejando á Fernando), al cuidado de la casa, aunque, como se ha dicho, era su sostén un tío de la señora mamá de Miguel. Fernando varió de habitacion y de fortuna no sé por qué accidentes.

Una noche, á deshora, pasando frente á la Profesa, atravesaron dos señoras junto á Fernando, con rara precipitacion: una de ellas, anciana, iba sofocándose: siguiólas Fernando, y aquellas voces sonaban anegadas en llanto. . . .

—¡Leonor! gritó mi amigo al reconocer á la jóven: ¿dónde van vdes.?

—Mi tío acaba de morir, contestó Leonor, vamos á su casa, calle de Capuchinas. ¡Dios nos ha traído á vd.!

Siguieron su camino en silencio; la señora iba sollozando. . . . entraron en una gran casa. . . . Fernando suplicó al portero que avisase á la señora su madre que no le esperase.

La sala á que penetraron estaba desierta; en el centro habia un lecho, entre cuatro robustos hachones de cera. En el lecho estaba el cadáver, con su hábito de San Francisco, sus manos cruzadas sobre el pecho. . . . y su silencio horrible sobre las rígidas facciones.

La señora madre de Leonor oraba de rodillas á corta distancia del cadáver.

Fernando y Leonor se colocaron, buscando fresco, en el balcon. La niña infeliz lloraba sin consuelo. . . . Fernando guardaba profundo silencio.

En la acera de la habitacion en que pasaba esta escena, caía la sombra, y se reflejaba la intensa luz de los cirios en

la pared de enfrente; sobre las azoteas que se veian desde el balcon brillaba la luna, y al Sur culebreaban fugaces relámpagos sobre las montañas.

La situacion no se podia prolongar. . . . comenzó Fernando por excitar á Leonor á que cuidase de su mamá, á que ella, tan tierna y generosa, la consolase, y elevase su espíritu á la consideracion de que era el amparo de su familia.

Leonor casi no escuchaba, y entónces Fernando, por distraerla, le llamó la atencion sobre los encantos de la noche, la apacible claridad de la luna y la tranquila majestad del firmamento. . . .

La luz de los cirios heria el perfil perfecto de Leonor; en sus ojos húmedos morian los destellos de la llama, cortejo de la muerte; el busto de la hermosa tenia esa animacion épica, sombría, de los retratos de Rembrat, presentando la lucha de la tiniebla y la luz sobre la fisonomía humana.

Fernando, arrebatado por la aparicion, sin premeditacion, frívolo, entusiasta, haciendo, sin quererlo, pueril alarde de su facundia arrebatadora, habló sentido, ardiente, enamorado, envolviendo en las ráfagas de su palabra á la niña inocente que se dejaba arrebatar, enloquecida de aquel torbellino de pasion intempestiva. . . . Dejábase arrebatar voluptuosa como la ola, sensual como el ave que se mece en las auras embriagadoras; se inclinaba, como la flor, á la lluvia que la refrigera y embellece. . . .

Y habló de tal modo Fernando, que la niña le interrumpió diciéndole:

—Sí, vd. me ama, me ama, y si no, yo moriría: era capaz de haber hecho yo esta misma revelacion; pero vea vd.

lo que dice, por Dios, vealo vd., porque un desengaño me mataría....

Y él, mal caballero y pérfido, creyendo acto tan solemne un galanteo, con el alma entregada á otro amor, con el corazón envenenado por el engaño, creyendo que con las sombras se disiparía aquel juego sin consecuencia.... seguía dejando escapar de su corazón notas vibrantes de falaz ternura..... y complaciéndose en ver perdida en el éxtasis de la fascinación, á la niña, á la vírgen, al ángel bienhechor de su madre....

La voz de Leonor estaba convulsa y la entrecortaban los sollozos.... no se veía su fisonomía, Fernando la adivinaba, expresando la agonía y la locura....

Algun rumor que escucharon, los hizo volver el rostro.... La santa madre de Leonor seguía orando cerca del cadáver.....

Pasó aquella noche como un sueño; ella envolvió aquellos juramentos y aquellas promesas.

Fernando evitó todo encuentro con Leonor.... murió su buena madre, ella se refugió con unas parientas infelices.

La fortuna de mi amigo había cambiado; se enlazó á su prometida: gloria, distinciones, riquezas y honores le cercaron.... Solía á veces sombrear su frente un recuerdo.... lo separaba con aturdimiento y disculpaba su conducta con las locuras de la juventud.....

Solían humedecerse sus ojos por un vago dolor, por una sombra errante que pasaba gemidora en su memoria.... pero se decía, usando el lenguaje del mundo: "Ella amará

á otro.... ya no se usan las Eloisas: estamos en un siglo positivo."

Un día entraba en palacio mi amigo con varios compañeros; un muchacho desbarajustado, haciendo caballo en un carrizo, le preguntó:

—¿Vd. es D. Fernando?

Hizo señas de que él era, y le entregaron un papel....

Calle de**** 2º núm. 4.

Ahora mismo.

LEONOR.

¿Quién lo creerá? aquello fué para Fernando como el prólogo de una aventura de libertino. No vaciló; dejó á los compañeros y partió tras el muchacho; iba en el camino ensayando vil, actitudes cómicas, palabras de disculpa.... far-sas de sentimentalismo....

Aseguro á vdes., por mi honor, que Fernando no era un malvado; pero, ó no tenía conciencia del mal que hacía, ó se le figuraba que era pasar por desairado y por imbécil, dejar sin galantear á una hermosa. Acaso pensó en que la jóven Leonor, con su actitud doliente y con sus lágrimas, con la pintura de su desesperación y su abandono, también le representaba una comedia. ¡Nos da tantos tintes de experimentado y de diestro, decir que todo es artificio en las mujeres! ¡Nos acredita tanto decir que en ellas todo es fingimiento! ¡Es de tan mal tono presentarse como crédulo! Poseído de estas ideas, cuando el remordimiento atravesaba su espíritu, lo desechara, y la entrevista misma se le presentaba con el atractivo de una novelesca aventura.

Entró risueño, feliz, en la casa era una humilde casa de vecindad, trascendía á incienso estaba regada de trebol y flores la escalera; subió precipitado, preguntó por Leonor Estaba en el quicio de una vivienda al frente de la puerta habia un altar, entre cortinas blancas como nieve salpicadas de rosas; la cera aún ardía: se acababa de servir el pan eucarístico.

Volvió el rostro: en un lecho purísimo de armiño, descansaba Leonor sus ojos le atraían con infinita ternura.

Fernando se acercó aterrado, estupefacto, yerto

La niña retiró á la gente: quedóse sola con Fernando, y le dijo:

—Con mi alma lo amé con toda mi alma, y quiero dejar aquí mi secreto, porque turbaría mi felicidad en el cielo Creí y era necesario morir una vida por un momento de dicha

Pero vd. es jóven, vd. tiene música en su palabra y embriaga aun mintiendo ¿qué uso es ese de la voz de Dios y del talento? ¿qué placer se puede hallar en el envenenamiento de una alma que el delito que tiene es amarnos? ¿cómo pasa por frívolo ese juego que nos acarrea la prostitucion del espíritu, ó la muerte?

Sea vd. bueno, no haga de su elocuencia instrumentos de tortura; yo le perdono á vd., porque le he amado; le perdono, y me muero, queriendo que me hable para morir tranquila Adiós! y mi muerte sea una leccion contra el libertinaje de la palabra, que casi es una recomendacion en el mundo

Leonor quiso seguir sus manos errantes buscaban en

vano la vida que se le escapaba; sus labios, en sus últimas contracciones, como que besaban el nombre de mi amigo.

Dejando familia, abandonando cuanto poseía, Fernando vino á sepultarse en estos desiertos, y yo le acompañé

Enrique quedó inmóvil y silencioso: mucho tiempo despues de haber concluido su narracion, le oimos sollozar

Habiamos pasado *Palestine* y la *Troupe*.

La aurora apuntaba en el horizonte: estábamos en el Estado de Texas.

